

Amado Alonso, nuevo director del Instituto de filología (1)

Ya está entre nosotros el joven maestro español, llegado últimamente a Buenos Aires para hacerse cargo de la dirección del Instituto de filología de la facultad.

El profesor Alonso no tiene más de treinta años, y a esa edad en que otros, incluso los mejor dotados, no acusan todavía su perfil esencial, él ya posee un nombre muy hecho y muy significativo entre los cultores de la ciencia del lenguaje.

La carrera técnica del nuevo director ofrece un fuerte matiz de ejemplaridad. Concluido su bachillerato en Pamplona, pasó a Madrid para doctorarse en filosofía y letras. Junto a T. Navarro Tomás, de quien pronto llegó a ser discípulo preferido, en el Centro de estudios históricos ejercitose en el cumplido aprendizaje de la fonética, áspera e imprescindible disciplina auxiliar de la lingüística, sabiamente practicada por aquel maestro.

Para completar estudios marchó luego a Alemania, patria tradicional de las investigaciones románicas. Allá permaneció dos años. Su tarea de entonces se concentró en la Universidad de Hamburgo. En esa Universidad, al tiempo que desempeñaba el cargo de lector de español, frecuentaba las enseñanzas de Panconcelli Calzia, en el laboratorio fonético mejor dotado de Europa. Distráía sus ocios, ocios ocupados a la manera horaciana, o alternando con la estudiantina hamburguesa, reciamente erudita, cervecera y bailadora, o dándose a menesteres que ofrecían un juego más espontáneo a su fina y ya entonces muy acentuada sensibilidad de crítico literario (2).

De esos años laboriosos de Hamburgo data su monografía *El grupo «tr» en España y América*, primer trabajo de aliento que había de revelar su enorme capacidad técnica a la grata sorpresa

(1) La dirección de *Verbum* agradece a nuestra distinguida compañera de estudios, señorita Eugenia Crenovich, el interesante apunte del doctor Alonso que adorna estas páginas.

(2) Sus conferencias sobre Rubén Darío, por ejemplo.



Apunte de Eugenia Grenovich.

Amado Alonso

de los más sabios maestros (1). Esa monografía, elaborada con materiales previamente recogidos en España y comparados luego con observaciones hechas en viajeros sudamericanos de paso por Hamburgo, ofrece, por sobre el interés puramente fonético, otro más amplio y filológico que deriva de los datos geográficos y sociales con que su autor completa e ilumina el estricto estudio experimental del citado fonema. Ya en esas páginas se da esa superación constante del puro dato empírico que a partir de entonces será la característica primera de todos los trabajos del joven profesor.

La lectura de ese ensayo movió al máximo maestro de la filología española, don Ramón Menéndez Pidal, a suscitar la vuelta del profesor Alonso, para decidirlo, junto con Navarro Tomás, a emprender la tarea de allegar los materiales para la magna obra del mapa lingüístico de la Península. Durante cerca de dos años, en colaboración con sus maestros, el profesor Alonso intervino en la preparación de los cuestionarios pertinentes, efectuando asimismo diversas excursiones con el fin de obtener sobre el terreno las noticias necesarias para sus investigaciones dialectológicas. Alternó sus actividades de esta época, ocupándose en estudios muy precisos de sintáxis histórica y de comparatística, para los cuales aquella su preparación de fonético le ponía en condiciones de ventaja frente a muchos de sus colegas científicos. Como ejemplo extremo de esta interesante modalidad, puede recordarse la forma en que resolvió, por el examen de la entonación, un discutido problema de sintáxis, a cuyo buen resultado no habían podido llegar filólogos tan eminentes como Cuervo, Meyer-Lübke, Spitzer, Gessner y otros (2).

Pero la mayor nombradía del nuevo director arranca, ya en modo amplio y definitivo, de sus estudios sobre la subgrupación

(1) *El grupo «tr» en España y América*, en *Homenaje a Menéndez Pidal*, tomo II, Madrid, 1925.

(2) *Español «como que» y «cómo que»* en *Revista de filología española*, tomo XII, Madrid, 1925.

románica del catalán (1). Desde su aparición en la *Revista de filología española*, de la cual el profesor Alonso es redactor, esos estudios obligaron, y obligan aún hoy, el comentario como nunca atento y elogioso de las publicaciones doctas más severas y acreditadas del viejo mundo. En esa ardua polémica suscitada en torno a la filiación del catalán, el nombre del profesor Alonso ha sido enfrentado victoriosamente al de Meyer-Lübke, el más ilustre de los lingüistas alemanes. Y no sólo esto. Los mayores especialistas han señalado en esos estudios una saludable renovación de los métodos de investigación filológica. De ellos se desprende, en efecto, que, por ser el lenguaje un fenómeno de dominante índole social, el puro elemento lingüístico manejado in abstracto nunca será suficiente para determinar las interdependencias que puedan existir entre las hablas sometidas a un contacto histórico o geográfico más o menos prolongado e intenso.

Especialista de primera magnitud, el profesor Alonso rehuye de este modo las posturas exclusivas; por juvenil apetencia de totalidad y hasta por íntimo adiestramiento esquivo siempre la torpeza vital del hombre de un solo verbo, en la que va a insertarse, fatalmente, el científico blindado en la propia disciplina. En la fonética, tan indispensable en ciertos aspectos de la ciencia del lenguaje, el profesor Alonso no ve sino una garantía más, una adelantada prenda de exactitud para sus ulteriores construcciones idealistas. Un medio no un fin, digámoslo con la frase imprescindible y consabida. Como tal, como un medio, ha seguido cultivándola hasta ahora (2). Sabedor del mayor rendimiento que prestan las herramientas perfeccionadas, el profesor Alonso quiere estar día a día más seguro de sus recursos. Su ejemplo es plausible. No ya el especialismo por el especialismo, y sí la ciencia.

(1) *La subgrupación románica del catalán*, en *Revista de filología española*, tomo XIII, Madrid, 1926.

(2) Bien lo muestra la parte que dedica a la fonética en su *Crónica de los estudios de filología española (1914-1924)*, en curso de publicación en la *Revue de linguistique romane*, de París.

La ciencia cuya máquina puede moverse en altas zonas ideales, y bajo la presión constante de una atmósfera caldeada de fervor humano, sin tener que renunciar por ello a su fin primero, la ponderada exactitud. Exactitud e idealismo son términos antagónicos sólo para quienes invalidan este último haciéndolo coincidir torpemente con las nebulosidades del puro fantaseo pseudofilosófico.

RESERVADO